

hacían lo que se les venía en gana, ha pasado ya, para fortuna del arte escénico y cinematográfico. Ahora, al fin se ha llegado a comprender que un espectáculo debe ser ante todo conjunción de director-actor. Ojalá María Douglas lo comprenda y volvamos a verla, como la vimos en *Blanche Dubois* y en la primera *Medea*, en otras muchas *María Egipciaca*.

10 de mayo de 1970

LOS AMIGOS DE HAMLET

Antes de comenzar a escribir esta breve crónica ya estoy temblando de pavor, como el príncipe de Dinamarca al ver la sombra de su padre que se le apareció con el único objeto de hacerle pesada la vida. Y tiemblo porque al leer estas líneas muchos de mis lectores pensarán que soy un cretino, idea a la que yo mismo me voy acostumbrando. Declarada mi inconsciencia total, puedo escribir muy campante que la tragedia de *Hamlet* para mi modo de ver peca de una muy mala construcción dramática. No me refiero a la profundidad psicológica del personaje del príncipe, ni a los maravillosos parlamentos que encierran la filosofía de la indecisión, ni a las implicaciones psíquicas de un esbozo de incesto, sino única y exclusivamente a la forma en que Shakespeare estructuró su tragedia en cuanto a los personajes secundarios que rodean al heredero del trono de Dinamarca. Fuera del propio Hamlet, de Ofelia, de la madre, del rey Claudio y de Horacio, todos los demás personajes no tienen vida propia, sino que aparecen porque así le convino al autor. Y esto, por más que se trate del "Cisne de Avon", es reprochable. (Debo reconocer que mis reproches le tendrán muy sin cuidado a don William, y hará bien en ignorarlos.) Polonio es un pobre viejo imbécil que, en su conversación con su criado Reinaldo, quien dice en toda la obra trece bocadillos completamente inútiles, da claras muestras de su tontería al olvidar lo que estaba diciendo, y más tarde su comportamiento con sus hijos, con la reina y con Hamlet, no

puede ser más deplorable, hasta que el príncipe le da merecida muerte. Marcelo y Bernardo sólo sirven para anunciarnos que un fantasma se aparece en las azoteas del castillo. Laertes es una especie de ángel vengador de su padre y de su hermana, que sólo aparece en la tragedia para dejarse matar por Hamlet después de herirlo con una espada envenenada, y a pesar de que el príncipe dio muerte a Polonio, volvió loca a Ofelia orillándola al suicidio y acaba de herirlo mortalmente, Laertes todavía le dice: “¡Perdónémonos mutuamente!” Hasta el mismo Horacio, que se había comportado en una forma lógica a través de la obra, al final quiere a toda costa beberse un veneno, pero Hamlet le pide que no lo haga. En el final de esta obra de Shakespeare yo veo una inmensa burla a los dramas de su época y a los que vendrían siglos más tarde con el romanticismo, que hicieron nacer la conocida frase de que “se murió hasta el apuntador”. No se justifica ese afán de acabar con todos los personajes en las dos últimas páginas sino tomándolo como burla, y más vale pensarlo así. Fortinbrás aparece cuando ya la escena es un cementerio y se queda con el trono de Dinamarca, y dos inefables embajadores ingleses se muestran muy preocupados porque no tienen ante quién decir que Rosencrantz y Guildenstern han muerto, pero de todos modos nos lo hacen saber. Voltimand, Cornelio y Osric, son tres cortesanos a cual más idiotas sobre todo el último. Los dos sepultureros hacen su aparición sólo para que Hamlet filosofe sobre la muerte, y los cómicos sólo para que el mismo príncipe, que en esa escena deja de ser Hamlet para ser Shakespeare y burlarse de los actores de su época, les dé sus famosos consejos. Todo muy hermoso, no hay quien lo discuta, pero muy mal construido dramáticamente.

Rosencrantz y Guildenstern son otros dos personajes extraños en esta obra. Aparecen de pronto al comenzar el segundo acto y el rey les dice que los ha hecho llamar, sin que sepamos de dónde vienen, porque son amigos íntimos de Hamlet y desea que sondeen su espíritu, pero cuando este par de cortesanos dialogan, el espectador se pregunta cómo es posible que el príncipe haya soportado a esos pobres tontos como sus amigos. No saben cómo abordar a Hamlet, no investigan nada, no comprenden lo que sucede, y por fin reciben la orden de llevarse al fingido loco a

Inglaterra. En el viaje dejan que los piratas se lleven a Hamlet y de todos modos (cosa inexplicable) van ante el rey de Inglaterra y le entregan la carta que Hamlet ha cambiado y en la que se ordena sean ejecutados los portadores. Merecida muerte por ser tan simples. El primero en darse cuenta de la tontería de este par de personajes, o al menos el primero en explotar ese análisis, ha sido el comediógrafo inglés Tom Stoppard en su farsa intitulada *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*, en la que aparecen los mencionados cortesanos como retrasados mentales, que lo eran en realidad según los pinta don William, y Stoppard los hace dialogar entre sí como seguramente lo hubieran hecho de haber existido, y ser las víctimas de las burletas del jefe de los cómicos. La comedia que acaba de ser estrenada en el Foro Isabelino del Teatro de la Universidad no deja en ningún momento de ser una farsa, un juego que aprovecha lo endeble de un par de personajes que se le fueron a Shakespeare por estar demasiado ocupado esculpiendo a Hamlet para la eternidad. Pero tal parece que algunos de nuestros cronistas no se dieron cuenta de ello, y sólo vieron una blasfemia en contra del Cisne de Avon, un sacrilegio más cometido a la sombra de los intocables clásicos, y se han lanzado a criticar la comedia de Stoppard “porque es demasiado larga”. Es verdad, pero no llega a ser cansada en ninguna escena, y está montada por la Universidad, no por Landeta, y en el Foro Isabelino, no en la sala 5 de Diciembre. Para comedietas propias para hacer hambre antes de ir a cenar, los señores cronistas podían haber ido a otro teatro. Ésta es una farsa culta, y, por tanto, sutil.

Rubén Broido dirigió esta comedia con una gran habilidad, dándole la ligereza en movimientos que necesitaba y penetrando en la compleja pero superficial, o viceversa, psicología de Rosencrantz y de Guildenstern, de allí que las actuaciones de Claudio Obregón y de Patricio Castillo, sobre todo este último, sean magníficas. Héctor Ortega “borda” el personaje del viejo y cínico actor con una inagotable serie de elementos cómicos que le han dado su experiencia como mimo. Los cómicos del grupo que visitan Elsinor cumplen con acierto indudable, sobresaliendo el joven Francisco Beristáin, y Fernando Rubio en el Polonio proyecta la tontera del personaje. Muy deficiente en su actuación Miguel

Solórzano como Hamlet y lo mismo Rosa María Obregón como la Reina, y cumpliendo, sin más porque no se podía hacer otra cosa, Cristina Rubiales y José Cortés. Broido acertó también en la selección de trozos musicales o de ruidos incidentales, y Benjamín Villanueva no se rompió la cabeza para elaborar la escenografía y el vestuario.

31 de mayo de 1970

¿QUÉ PASÓ, EMILIO?

Desde esta misma columna defendí “a capa y espada” la obra de Emilio Carballido titulada *Acapulco los lunes*, que un funcionario muy menor pretendía que se prohibiese, pretensión que no tuvo el menor eco, como debe ser, en los funcionarios mayores e inteligentes. Si el señor Víctor Moya hubiera dicho que la prohibición partía porque la comedia era muy deficiente y echaría a rodar el enorme prestigio que como autor ha sabido ganarse Emilio Carballido, y que como un error lo puede tener cualquiera, hasta el más talentoso, bueno sería que sus amigos se opusieran a que dicha comedia se estrenase. Si esto hubiera dicho don Víctor el censor, en lugar de alegar moralidad y otras zarandajas, si esto hubiera dicho . . . tampoco lo hubiese yo apoyado, porque estoy contra cualquiera prohibición sea cual fuere el motivo; todo el mundo debe tener la libertad necesaria para triunfar o fracasar sin que nadie se interponga. En este caso fracasó don Víctor como censor, puesto que la obra se puso, y Carballido tuvo un tropiezo en su espléndida carrera como autor, que no es para mesarse los cabellos ni para exclamar, como alguien lo hizo la noche del estreno, que “comenzaba la decadencia de Emilio”. Nada más falso: Carballido está en pleno auge mental y aún nos dará muchas y excelentes comedias como *Te juro*, *Juana*, la mejor farsa que se ha escrito en México. Hace diez u once años este autor mexicano tuvo un tropezón semejante, o quizá peor, con una obra titulada *La hebra de oro*, y después de ella vino